



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Crear en situaciones adversas

Reflexiones sobre el Evangelio de Mateo 14, 22-33 (19º Domingo del Tiempo Ordinario - Ciclo A – 13 de Agosto de 2017)



Viajar por tierra, mar o aire es una actividad cada vez más común para muchas personas. Los aeropuertos y los puertos terrestres y marítimos viven con frenesí el paso de los pasajeros que se disponen a recorrer cientos de kilómetros para hacer un negocio, conocer una región, descansar o encontrarse con los seres queridos. En los rostros de la mayoría de los viajeros no adivinamos angustia o temor, por el

contrario, hay tranquilidad y confianza porque viajar se ha hecho cada vez más seguro por el desarrollo tecnológico de los modernos medios de transporte.

Los apóstoles, ya fuese para trabajar o para acompañar a Jesús en sus travesías misioneras, también tenían que embarcarse con frecuencia aunque las condiciones de las naves y de los puertos de entonces en nada se parecen a las de hoy.

La escena del viaje que narra el Evangelio tiene tintes dramáticos: la barca de madera en la que van los apóstoles está siendo sacudida fuertemente por los vientos, está lejos de tierra y es de noche. El cuadro se completa con la visión, en medio de la bruma del amanecer, de un “fantasma” que se les acerca caminando por las aguas. Esta es una situación que, incluso al más avezado de los marinos, deja sin respiración y a no pocos de nosotros nos llenaría de temor. Es un viaje que muy probablemente ninguno de nosotros querría tener. No obstante, detrás de este escenario tan poco deseable, aparecen dos profundas enseñanzas para la vida.

El Señor disipa el miedo... Traigo de nuevo a colación una frase de la teóloga Dolores Aleixandre: “Lo contrario a la fe no es la increencia, es el temor”. Los discípulos, que estaban aterrorizados por las condiciones de la mar y de la aparición del “fantasma”, son interpelados por Jesús: **“¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!”**.

Nosotros, al igual que los apóstoles, experimentamos el temor ante las situaciones adversas de la vida. El mar embravecido, que sacude nuestra nave, tiene manifestaciones muy diversas: sentimos que zozobramos cuando, a pesar de los avances de la ciencia, la salud se nos debilita y la impotencia se empieza a escribir con mayúsculas. Sentimos que zozobramos cuando nuestros gritos y nuestros reclamos

quedan silenciados por la arrogancia de quienes detentan los poderes y muchos de nuestros hermanos son tratados como ciudadanos de segunda categoría. Sentimos que zozobramos cuando asistimos, en no pocas partes del mundo, al desmoronamiento de los valores que, otrora, fueran los cimientos para la construcción de la sociedad. Sentimos que zozobramos cuando la fe y la adhesión a la persona y el proyecto de Jesús, que para nosotros es esencial, se convierte en algo prescindible e irrelevante para no pocos. Sentimos que zozobramos cuando constatamos que el amor, la reconciliación, el perdón y la paz son palabras en desuso para amplios sectores de la humanidad que se empeñan en seguir urdiendo guerras y sembrando exclusión.

Sin embargo, en este panorama sombrío, surge la voz de Dios que nos dice con fuerza: ¡no tengáis miedo! y nos lanza a la aventura de lo imposible. Los discípulos de Jesús no estamos huérfanos, Él ha estado, está y estará con nosotros siempre y más aún cuando las situaciones son adversas. No hay lugar para el temor en las personas que tienen fe. La fe no es una simple adhesión a un conjunto de verdades, es ser capaz de arrojarse en los brazos de Dios con la certeza de que Él está ahí, presente, vivo y eficaz. Es confiar plenamente en su ternura y su misericordia. No tengamos miedo, abramos totalmente nuestra experiencia interior al gozo de sentirnos acogidos y abrazados por Jesús que, como lo dice en el Evangelio, no es un fantasma, sino el Señor que camina, acompaña y se hace solidario con la vida y la historia de su pueblo.

Y Pedro, se atrevió... “Si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua”. Muchos critican a Pedro porque al final tuvo miedo, pero, con el mar embravecido y el viento sacudiéndote, ¿tú te hubieses lanzado al agua?

Pedro, aunque en el segundo momento tuvo miedo, dio el primer paso, confió y se lanzó a la mar. Rescato, sobre todo, el primer momento: Pedro se lanza a la mar porque se fía del Señor, porque sabe que su Maestro no le va a abandonar. El gesto de Pedro, que a veces pasamos de largo por quedarnos en el reproche por su falta de fe al final, es un gesto valiente y profundamente creyente. El segundo momento es muy humano, Pedro se asusta porque es frágil y porque la adversidad ha puesto en evidencia su vulnerabilidad.

En nuestra experiencia de fe nos solidarizamos con el segundo momento de Pedro y rezamos pidiéndole al Señor que aumente nuestra fe porque ciertamente nos falta. Pero, ¿por que no damos un paso más y nos solidarizamos con Pedro y nos lanzamos, llenos de confianza, a dar el primer paso aunque las condiciones de la vida no sean las mejores?

Que el Señor que disipa el temor y calma la mar nos ayude a lanzarnos a la aventura de creer en medio de la adversidad.